

'La invención de Morel', de Adolfo Bioy Casares

EL PAÍS rescata una novela de amor y soledad contada con los recursos de la ciencia-ficción

Un hombre llega a una isla huyendo no se sabe bien de qué. Allí descubre unas extrañas construcciones, unas máquinas inclasificables, que despiertan su curiosidad. Más adelante aparece una mujer, bella y distante, enigmática. El narrador de la historia se enamora. Y así, poco a poco, el escritor argentino Adolfo Bioy Casares va desplegando la fascinante trama de la que es, acaso, su mejor novela. Esa trama fue en su día clasificada por Jorge Luis Borges como "perfecta", lo que constituye una invitación inmejorable para adentrarse en *La inven-*



ción de Morel (que mañana los lectores de EL PAÍS podrán adquirir por un euro), un libro de una fascinante rareza. La inquietante historia de esa "invención de Morel" forma parte de

la ciencia-ficción, pero la soledad, el miedo, los anhelos, la desesperación ante lo desconocido y el amor condenado a no realizarse son viejas heridas de la condición humana que el personaje que habita la isla, y narra la historia, padece en un paisaje irreal y, en cierta medida, terrible. Con esta novela, Adolfo Bioy Casares mostró una asombrosa capacidad de utilizar los moldes de un género para volcar sus inquietudes literarias. El resto de su producción confirma con creces la originalidad de sus propuestas narrativas.

La imaginación razonada

JORGE EDUARDO BENAVIDES

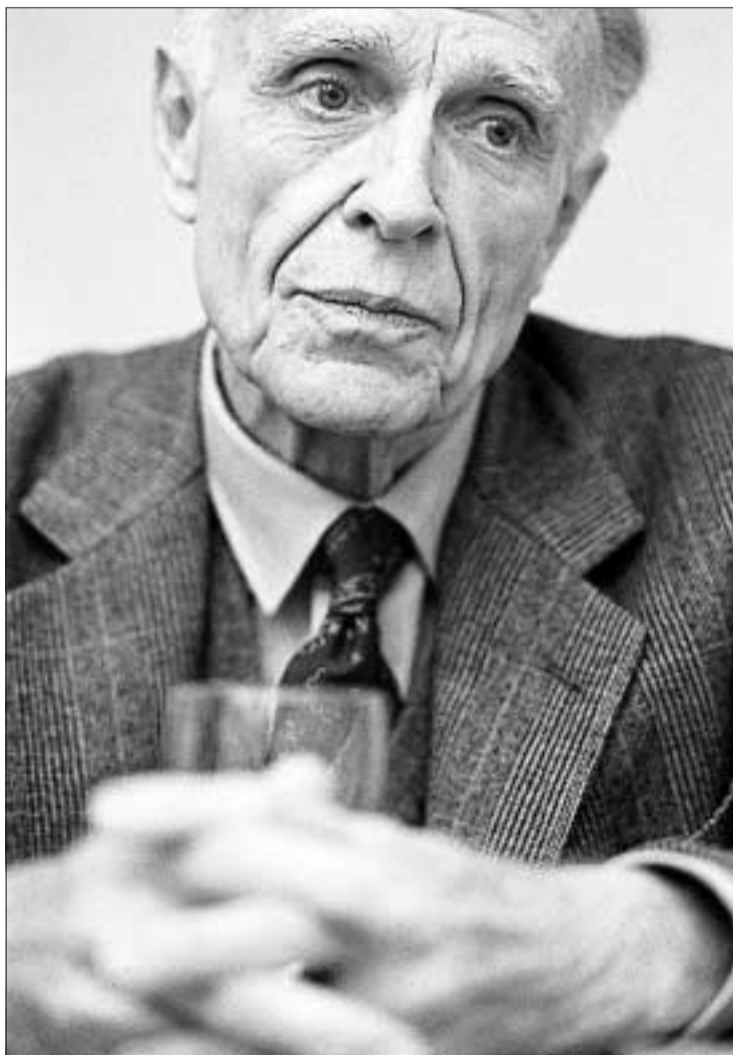
Ocurre con Bioy Casares que su nombre brota de manera instantánea cuando mencionamos a Borges: si no sombra, amigo que de tan íntimo resulta disuelto en el otro, un poco también hermano tanista, compañero de una larga y dilatada trayectoria personal y literaria que a menudo se confunde, se cruza y se enreda una y otra vez.

Su propia obra parece injustamente crecida como un meandro en ese cauce poderoso que es la obra de Jorge Luis Borges. Así, Bioy ha visto su narrativa relegada siempre a una dimensión más modesta, a los extramuros del dispendio con que celebramos al autor de *El Aleph*. *La invención de Morel*, su más celebrada novela, nacida de las cenizas de toda su obra anterior, es el ejemplo más claro de lo que venimos diciendo. Escrita en 1940, fue "apadrinada" por Borges con un prólogo del que ya resulta indisoluble la propia novela, fundamentalmente porque de todo aquel largo ejercicio estético que constituyen las líneas que le dedicó su amigo y mentor, ha quedado el calificativo "perfecto" que concedió Borges no a la novela, sino a la trama de la novela. Poco importa ya la precisión: nadie sale indemne de ese prólogo, ningún lector puede aventurarse por las páginas siguientes sin suspicacia respecto de lo que va a descubrir y que ha sido tan rotundamente calificado por un autor poco dado al regalo de sus elogios.

Recuerdo aquel caluroso verano limeño en que devoré esta novela empinada y agri dulce de un autor que para mí era entonces desconocido: recuerdo también que en el placer que me proporcionaron sus páginas siempre quedó un regusto extraño, vagamente triste o insuficiente. Sospeché que había ocurrido lo que con el tiempo doy por algo obvio: no creo que haya en la historia de nuestra literatura un regalo más envenenado que ese adjetivo con que Borges calificó *La invención de Morel*, condenándonos a sus lectores a caer bajo el embrujo de una hipérbola que fue más producto de la admiración que uno sentía (como muchos lectores) por las sentencias y ditirambos de Borges que por propia intención de éste.

Ocurre así que *La invención de Morel* es una novela que hay que leer a contracorriente, remontado con esfuerzo el calificativo borgiano para descubrir toda su inquietante belleza, esa irreprochable factura que la sitúa en el terreno de la mejor ciencia ficción, limpia de aquel elogio que paradójicamente le enturbia sus manifiestas virtudes, la mayor de las cuales es, sin lugar a dudas, haber resistido el embate del tiempo y ofrecer así siempre novedosa, audaz, a ratos vagamente proustiana, trufada de esas ágiles reflexiones con que Bioy Casares ha sustentado lo mejor de su obra, esa imaginación razonada de la que nos habla el propio Borges en el prólogo.

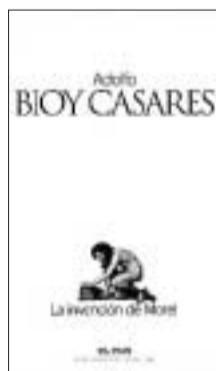
El narrador —de quien nunca sabemos su nombre— llega huyendo por oscuros motivos a una isla en la que descubre unas extrañas construcciones abandonadas, podridos estanques y maquinarias inclasificables que ganan su interés y azusan su inquietud de hombre solitario y huido. Pronto esta inquietud se verá incrementada por el arribo a la isla de un grupo de personas entre las que se encuentra Faustine, inasible mujer de la que se enamora el protagonista con la desesperación que confiere la soledad absoluta donde se halla instalado. Pero también porque ella no se digna siquiera a mirarlo en ninguna de las muchas ocasiones en que el narrador, superando el vertiginoso miedo de hacerse visible para los visitantes, se acerca a ella, se tiende a su lado o compone un jardincillo minúsculo que la mujer se obstina en no ver jamás. Aquel desdén implacable y minucioso pronto se revela de otro orden, acaso más terrible: Faustine, como el resto del alegre grupo que acude a la isla como en una inocente excursión de fin de semana, es una proyección generada por una máquina del misterioso Morel para repetir de manera infinita una pequeña secuencia de la vida de estos personajes. El protagonista desespera al saber que ella puede existir en algún lugar del mundo o que acaso existió y ya no existe más y escribe en los papeles que deja a la posteridad: "Al hombre que, basándose en este informe, invente una máquina capaz de reunir las pre-



Adolfo Bioy Casares, fotografiado en 1990. / GORKA LEJARCEGI

Complicidades

Jorge Luis Borges tenía 33 años cuando conoció a Adolfo Bioy Casares, que no había cumplido 20, en la casa de la ensayista Victoria Ocampo. Fue en 1932 cuando comenzó una de las amistades literarias más prolíficas de la lengua española. Juntos editaron los tres números de la revista *Destiempo* en 1936 y 1937. Luego, bajo el seudónimo de Honorio Bustos-Domecq, publicaron en 1942 *Seis problemas*



para don Isidro Parodi, y más adelante, en 1967, *Crónicas*, sus obras conjuntas más aplaudidas. Relatos

como *Modelo para la muerte*, de 1946, aparecieron con la firma de B. Suárez Lynch. También colaboraron en la selección de *Los mejores cuentos policiales* y en la edición de los dos volúmenes que componen *Poesía gauchesca*. Junto a Silvina Ocampo, mujer de Bioy y hermana de Victoria, publicaron a principios de los años cuarenta *La antología de la literatura fantástica* y *Antología poética argentina*.

sencias disgregadas, haré una súplica: búsquenos a Faustine y a mí, hágame entrar en el cielo de la conciencia de Faustine. Será un acto piadoso".

Asombrosa y de rara hermosura, la novela marca la solidez de un narrador particularísimo que ha dado brillantes páginas a la literatura hispanoamericana

abordando aquí un género —la ciencia ficción— que se ha manejado con poca frecuencia en la narrativa de ese continente. *La invención de Morel*, sin embargo, no nos resulta una novela de género. Como ocurre con todas las buenas novelas, que siempre parecen situarse más allá de cualquier etiqueta.

Forjador de fantasías

Adolfo Bioy Casares publicó muchas novelas y relatos antes de sentirse escritor. Tenía 26 años cuando apareció *La invención de Morel*, la novela que le consagró. "Tengo seis libros anteriores que creo que son los peores seis libros del mundo", comentó en alguna ocasión.

Había nacido en Buenos Aires el 15 de septiembre de 1914 en el seno de una familia acomodada. A los 11 años escribió su primera novela, *Iris y Margarita*, para deslumbrar a una prima suya de la que estaba enamorado. La novela era un plagio de *Petit Bob*, de la escritora francesa Gyp. A los 14 años terminó *Vanidad o Una aventura terrorífica*, cuento fantástico y policial en el que ya se entrevén su estilo y sus intereses de madurez. Un año más tarde publica *Prólogo* en una edición pagada por su padre.

En 1932 conoció a Jorge Luis Borges, su amigo íntimo y cómplice de aventuras literarias. Dos años después publica *Caos*, un libro de relatos que recibe críticas muy adversas, y conoce a la escritora Silvina Ocampo, quien luego será su esposa durante 53 años. Bioy Casares, sin embargo, se ganó a lo largo de su vida una notoria fama de rompecorazones y tuvo numerosas amantes furtivas y algunas más públicas.

Llega el éxito

Los cuentos reunidos en *Luis Greve, muerto*, de 1937, tampoco le valieron al escritor más que un reconocimiento minoritario. Todo cambió con la publicación en 1940 de *La invención de Morel*. Bioy se convierte en uno de los máximos exponentes de la narrativa fantástica latinoamericana, territorio que continúa explorando en la novela *Plan de evasión*, aparecida en 1945, y en los seis relatos incluidos en *La trama celeste*, libro publicado en 1948.

Su única hija, Marta, nace en 1954, año en el que publica *El sueño de los héroes*, donde utiliza a los personajes para examinar el significado del amor y la importancia de los sueños y la memoria en las acciones futuras. En 1962 aparece *El lado de la sombra*, y tres años más tarde, *El gran serafín*.

La novela *Diario de la guerra del cerdo* se publica en 1969. Al año siguiente, Bioy Casares es galardonado con el Premio Nacional de Literatura de Argentina. En 1972 aparecen *Historias de amor* e *Historias fantásticas*. Un año más tarde se publica la novela *Dormir al sol*. En 1990 recibe el Premio Cervantes, lo que lo convierte en el escritor más laureado de Argentina. Su mujer muere en diciembre de 1993 y, semanas más tarde, su hija Marta fallece tras ser atropellada por un automóvil. El 8 de marzo de 1999, en la ciudad de Buenos Aires, Adolfo Bioy Casares muere a los 84 años. — A. PADILLA